

CAPITAL SOCIAL, OCIO Y CONSUMOS CULTURALES EN COLOMBIA. DESAFÍOS PARA EL POSCONFLICTO¹

SOCIAL CAPITAL, LEISURE AND CULTURAL CONSUMPTION IN COLOMBIA. CHALLENGES FOR POST-CONFLICT

CAPITAL SOCIAL, LAZER E CONSUMO CULTURAL NA COLÔMBIA. DESAFIOS PARA O PÓS-CONFLITO

*Víctor Alonso Molina Bedoya²
José Fernando Tabares Fernández³*

Resumen

Este artículo de investigación presenta una indagación que se propuso como objetivo diseñar un grupo de indicadores que contribuyan a establecer relaciones entre deporte, recreación y actividad física con asuntos como el desarrollo humano, la convivencia y la paz en Colombia; a partir de la metodología del Índice de Desarrollo y Acceso Cultural (IDAC). Como resultados se destacan para esta primera etapa de investigación bibliográfica, de una parte, las tensiones entre las políticas públicas y las prácticas culturales propias, las prácticas culturales formalizadas y las prácticas culturales populares y entre las industrias culturales y los emprendimientos locales. De otra parte, los enormes desafíos para la construcción de una cultura de la paz y del posconflicto a partir del reconocimiento y la diversidad, superando las huellas de la guerra que desde el despojo y el destierro a afectado la cultura de los territorios, incluidas allí las prácticas ligadas al ocio y al deporte, alterando los procesos identitarios propios.

Palabras clave: capital social; ocio; consumo cultural; conflicto armado

Abstract

This research article presents an inquiry that aimed at designing a set of indicators that contribute to establish relationships between sport, recreation and physical activity with issues such as human development, coexistence and peace in Colombia based on IDAC (Index of Development and Cultural Access) methodology. For this first stage of bibliographical research we highlight as results, on the one hand, the tensions between public policies and their own cultural practices; formalized and popular, and the ones between cultural industries and local enterprises. On the other hand, the enormous challenges for the construction of a culture of peace and post-conflict based on recognition and diversity, overcoming the traces of war that have affected the culture of the territories from the dispossession and exile, including the practices linked to leisure and sports, altering their own identity processes.

Keywords: social capital; leisure; cultural consumption; armed conflict

-
- 1 Resultado de la investigación «Indicadores para el deporte, la recreación y la actividad física en Colombia», financiada por la Universidad de Antioquia, periodo 2017-2018.
 - 2 Profesor titular de la Universidad de Antioquia. Integrante del grupo de investigación Ocio, Expresiones Motrices y Sociedad. Posdoctor por la Universidad Federal de Minas Gerais, Brasil. Doctor por la Universidad de Valladolid, España. Correo electrónico: victor.molina@udea.edu.co. Orcid: 0000-0002-7500-858X
 - 3 Profesor de la Universidad de Antioquia. Integrante del grupo de investigación Ocio, Expresiones Motrices y Sociedad. Doctor por la Universidad de Deusto, España. Correo electrónico: josef.tabares@udea.edu.co. Orcid: 0000-0002-1365-4412

Resumo

Este artigo de pesquisa apresenta uma investigação que tem como objetivo projetar um grupo de indicadores que contribuam para o estabelecimento de relações entre esporte, recreação e atividade física com questões como desenvolvimento humano, convivência e paz na Colômbia; com base na metodologia do Índice de Acesso e Desenvolvimento Cultural (IDAC). Como resultados, desta primeira etapa da pesquisa bibliográfica, por um lado, destacam-se as tensões entre políticas públicas e práticas culturais próprias, práticas culturais formalizadas e práticas culturais populares e entre indústrias culturais e empresas locais. Por outro lado, os enormes desafios para a construção de uma cultura de paz e pós-conflito baseada no reconhecimento e na diversidade, superando os traços da guerra que desde a desapropriação e o exílio afetaram a cultura dos territórios, incluídos ali práticas ligadas ao lazer e ao esporte, alterando seus próprios processos de identidade.

Palavras-chave: capital social; lazer; consumo cultural; conflito armado

Para citar este artículo:

Molina Bedoya, V. A., y Tabares Fernández, J. F. (2019). Capital social, ocio y consumos culturales en Colombia. Desafíos para el posconflicto. *Lúdica Pedagógica*, 30, 9-19. <https://doi.org/10.17227/ludica.num30-11100>



INTRODUCCIÓN

Hace más de una década que Kliksberg y Tomassini instaban a reflexionar sobre el valor que representa para la región latinoamericana el capital social⁴ y la cultura como instrumentos de construcción histórica (2000, p. 21). En tal sentido, los autores propician una lectura del papel de la cultura, de los desafíos de las políticas culturales en la región y del desarrollo de las industrias culturales, donde la participación de las comunidades es vital para el impulso del capital social, y desde él, contribuir a la disminución de las condiciones de pobreza y de exclusión del continente.

Para la misma época de comienzos de siglo, Néstor García Canclini demostraba, para el tema específico de las industrias culturales, la necesidad de legislar sobre estas, toda vez que hay un predominio del nivel transnacional en lo atinente a la producción y circulación de todo tipo de bienes culturales en un ambiente jurídico de escasa regulación. Entre algunas razones se esgrimen: el importante papel que van adquiriendo en el campo económico; los efectos y la necesidad de favorecer mejores niveles de convivencia social entre grupos de diferentes identidades, y los profundos procesos de actualización de los imaginarios culturales, resultado del desarrollo de las tecnologías y de los medios de comunicación e información social. Aspectos que, como bien lo ha subrayado este autor, no convendría dejar exclusivamente en las manos del mercado (García Canclini, 2001).

De acuerdo con los propósitos que se han establecido para este escrito, alusivos a los resultados del momento de revisión bibliográfica, interesa de manera especial, observar los desarrollos de la política cultural en América Latina desde estudios que profundizan el tema de las industrias culturales y su funcionamiento en un escenario social de globalización extendida, para tratar de colegir desde allí, los avances y direccionamientos que en tal perspectiva se han trazado para Colombia, en particular lo

4 Obviamente no se soslaya el necesario debate alrededor de esta categoría, lo mismo que del desarrollo y sus diferentes matices, a partir de enfoques comprensivos más locales como las necesidades humanas, el buen vivir, la interculturalidad y la transculturalidad, para significar el potencial plural en lo cultural, lo político, lo económico, lo social y lo epistémico de las sociedades latinoamericanas. No obstante, la discusión resulta necesaria para reconocer su evolución y articulación con el tema del desarrollo y, en el caso específico de interés del escrito, de las industrias culturales en el continente.

atinente a las industrias culturales, leídas desde el campo del ocio. Esta discusión es relevante, pues el país se orienta en la definición de un nuevo futuro de paz, sobre la base de superar la larga confrontación armada que por más de cinco décadas ha instalado una cultura de violencia y de muerte; lo que ha imposibilitado dimensionar otras prácticas culturales al servicio de la vida, del reconocimiento, de la diversidad, de la interculturalidad y, por tanto, de la construcción de un país diferente, de un país para el buen vivir.

CULTURA, CAPITAL SOCIAL Y DESARROLLO

A partir de los años 90, de acuerdo con Bolívar y Elizalde (2011), el capital social ha sido objeto de análisis de diversos estudiosos e instituciones interesados en la realidad social contemporánea, procurando desde él, el diseño de políticas públicas. En este abordaje, se reconocen variadas interpretaciones como las del neoliberalismo económico y el individualismo metodológico principalmente, pero también se encuentran movimientos sociales progresistas que lo reivindican como forma para acceder a relaciones sociales más equitativas y solidarias.

Desde una perspectiva analítica de la relación entre capital social y poder, se puede entender la centralidad que ha adquirido la cultura en los debates sobre el desarrollo. Y es que para Valladao (2000), el fracaso en las políticas de ayuda de las últimas décadas, aunado a la intensificación de la exclusión social inherente al proceso de globalización, hicieron que se tomará en cuenta a la cultura como aspecto clave del desarrollo. Para este autor:

La creación artística, las idiosincrasias populares, la industria cultural o las “cosmovisiones” de las diferentes sociedades del globo tienen un impacto evidente en la forma en que una colectividad se organiza y adopta o no una lógica de crecimiento económico o de cambio social. (Valladao, 2000, p. 151).

Los análisis resultan relevantes a la hora de un estudio sobre las trayectorias culturales de los diferentes países de la región latinoamericana, al problematizar, de una parte, la relación cultura, capital social con las imperantes condiciones de inequidad que caracterizan a vastos sectores del continente, y, de otra,

la idea del desarrollo presentado como irrefutable aspiración y camino.

Para Kliksberg y Tomassini:

Al mismo tiempo que los acelerados avances tecnológicos han desatado capacidades productivas y de progreso de inmensas posibilidades, se observa la presencia de agudos desequilibrios sociales, vastos sectores de población en la pobreza, fluctuaciones acentuadas y serios problemas ecológicos. (2000, p. 11).

Los comienzos del nuevo siglo, en la visión de estos autores, deja ver aún, el incipiente tratamiento o presencia del tema del capital social y el papel de la cultura en el debate sobre los acuciantes temas ligados al desarrollo que inquietan al continente latinoamericano.

CAPITAL SOCIAL, LOS ENCADENAMIENTOS RECÍPROCOS

En el contexto del pensamiento económico convencional, hay una revalorización de aspectos poco tenidos en cuenta como el capital social y el examen de la relación entre cultura y desarrollo, de acuerdo con Bernardo Kliksberg (2000, p. 20).

La mirada convencional que promovía el crecimiento económico como alternativa para superar las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial en la región demostró su insuficiencia al constatarse un aumento de la desigualdad de todo tipo, lo que suscitó arduos y profundos debates dentro de organismos nacionales e internacionales; he hizo pensar que el tema del desarrollo, más que ser un asunto de orden técnico y económico, representaba un problema de tipo ético y político que implicaba entender la estrecha relación entre economía, justicia, democracia, pobreza y bienestar. Es así, como junto a nociones de capital humano, desarrollo humano y calidad de vida se posiciona la categoría de capital social (Bolívar y Flores, 2011).

Se considera por tanto que lo económico, lo político y lo social se hallan fuertemente ligados, y de allí que, el mayor o menor desarrollo de una de estas dimensiones tiene su impacto sobre las demás. A modo de ejemplo, se indica cómo la inestabilidad política tiene efectos negativos sobre el crecimiento, así como una

desigual distribución de los ingresos genera inestabilidad en términos de la política general de las naciones.

De acuerdo con Kliksberg, “el desarrollo social fortalece el capital humano, potencia el capital social y genera estabilidad política, bases esenciales para un crecimiento sano y sostenido” (2000, p. 27). Según lo anterior, el capital social y la cultura concitan un entendimiento y apertura a las interacciones con las dimensiones estructurales de la estabilidad política y financiera como verdaderas bases para el progreso humano. Para este autor, las personas, las familias y los grupos son capital social y cultural en esencia, y es desde aquí que la crisis del pensamiento económico convencional alrededor del desarrollo se abre a nuevas y creadoras interacciones entre capital social, cultura y desarrollo.

Para Gardy Augusto Bolívar y Leonel Flores, “no es el capital social el medio milagroso que resucitará a la sociedad activa, cabe más bien suponer lo contrario: donde es débil la sociedad, también es débil la construcción de capital social” (Bolívar y Flores, 2011).

Hay aquí una potencialidad en términos de la contribución que se puede hacer desde el capital social y la cultura para el desarrollo económico y social de los países, por cuanto se considera, que el proyecto de aldea global en que se ha convertido el planeta, donde las interrelaciones entre las naciones y los mercados se amplían incesantemente, trae consigo altas dosis de incertidumbre y de complejidad de las formas de vida presentes y futuras. Allí, la idea de progreso o crecimiento indefinido es revisada a partir de otras visiones de la existencia con sustento en las contradicciones y la complejidad.

Algunas de estas ideas encuentran que:

Junto al crecimiento económico, surge la necesidad de lograr desarrollo social, mejorar la equidad, fortalecer la democracia y preservar los equilibrios medioambientales. El Consenso de los Presidentes de América en Santiago (1998) reflejó este orden de preocupaciones incluyendo, en su plan de acción, puntos que exceden los abordajes convencionales como, entre otros, el énfasis en la promoción de la educación, la preservación y profundización de la democracia, la justicia y los derechos humanos, la lucha contra la pobreza y la discriminación, el fortalecimiento de los mercados financieros y la coope-

ración regional en asuntos ambientales. (Kliksberg, 2000, p. 23).

En coherencia con esta posición, se razona que lo que subyace a la crítica tiene que ver con la lógica misma de las interrelaciones. En las palabras de Kliksberg: “Una parte significativa del nuevo debate está concentrada en el análisis de cómo se han subestimado los encadenamientos recíprocos entre las múltiples dimensiones y cómo ello ha generado errores de consideración en la preparación de políticas” (2000, p. 26).

Dentro de las muchas apreciaciones sobre el capital social, se destacan aquí las propuestas de Hirschman y de Baas. Para el primero, representa la única forma de capital que no se agota con su uso, sino que por el contrario, lo hace crecer. Por su parte, Baas considera “que el capital social tiene que ver con cohesión social, con identificación con las formas de gobierno, con expresiones culturales y comportamientos sociales que hacen a la sociedad más cohesiva y algo más que una suma de individuos” (citado por Kliksberg, 2000, p. 29).

También es relevante la posición de Bourdieu (1986) respecto al capital social, en cuanto significa con ella el valor social de la pertenencia a un grupo y las enormes posibilidades que, como conjunto de recursos disponibles, propician tanto en el orden de lo individual como de lo colectivo.

Desde otra perspectiva, el campo del capital social incluye el ambiente social y político que conforma la estructura social. Vale destacar aquí del enfoque del capital social, la afirmación según la cual: “El desarrollo económico y social prospera cuando los representantes del Estado, del sector empresarial y de la sociedad crean foros a través de los cuales se puedan identificar y alcanzar metas comunes” (Bolívar y Flores, 2011). Planteamiento que resulta relevante para problematizar la relación capital social y políticas públicas culturales, y su consecuente expresión en las industrias culturales.

En este orden, una lectura crítica a las industrias culturales hace necesaria una reflexión sobre las condiciones sociales, económicas y las formas como interactúan los diferentes sectores sociales en función de la construcción de sociedades fuertes.

En tal dirección, y desde la Unesco y su comprensión de la cultura como “maneras de vivir juntos”, se encuentra pertinente retomar para este escrito, que procura debatir sobre las industrias culturales y su articulación con las tendencias y los consumos de ocio en un país como Colombia, las preguntas que para su momento se hicieran Kliksberg y Tomassini:

¿qué está pasando en el campo de la identidad?, ¿qué sucede con la cultura popular?, ¿en qué medida hay políticas culturales orgánicas?, ¿cómo influyen en la cultura de la población las llamadas “industrias culturales”?, ¿qué sucede en las sociedades latinoamericanas en términos de valores?, ¿cuáles valores importan y cuáles no?, ¿en qué medida los valores rigen la vida concreta? Y ¿qué actitudes hay hacia la participación en los asuntos colectivos? (2000, p. 12).

A partir de estos interrogantes, se plantea entonces la necesidad de un diálogo y dialectización de la relación estrecha entre cultura y desarrollo, pues si bien para muchos analistas del tema la primera es parte fundamental de la segunda, otros consideran que la concepción misma del desarrollo encuentra su anclaje en las tradiciones y en la visión cultural predominante. Así, hay una potencialidad en las comunidades para resistir los grandes proyectos de imposición cultural y desde ahí redefinir los rumbos de la sociedad y de la vida desde las iniciativas locales.

La sensibilidad actual descrea de la eficacia de los grandes modelos, paradigmas o proyectos políticos, generalmente operados por el Estado, para plasmar las sociedades. Cree más bien que, a través de nuestra interacción con los demás agentes, somos nosotros los que construimos nuestra sociedad y nuestra vida (Kliksberg y Tomassini, 2000, p. 13).

Si bien asistimos a un profundo cuestionamiento del tema del desarrollo hoy día, en primer lugar, como crecimiento económico ilimitado de las sociedades, también sus versiones más moderadas y superadoras como el desarrollo humano y el desarrollo sostenible —por citar solo algunas— son objeto de crítica a partir de posturas más locales del tipo sociocéntricas, que procuran una relación más orgánica e igualitaria, horizontal entre los diferentes componentes del gran territorio. Desde la visión de diferentes pueblos de la América Latina, el ser humano no puede

colocarse por encima de los otros seres; en tal sentido, se habla de la existencia de una epistemología indígena, en la cual el ser humano se relaciona con otros seres vivos y nunca con objetos; como ha sido costumbre de las lógicas más occidentales. No obstante, se hace referencia al desarrollo para reconocer su presencia discursiva y evolución en el continente, y desde allí poder configurar su crítica y articular el tema de las industrias culturales.

LAS ENCUESTAS DE CONSUMO CULTURAL Y LOS INFORMES DE GESTIÓN DEL MINISTERIO DE CULTURA DE COLOMBIA. OCIO Y CONSUMO

Las contradictorias perspectivas proyectadas por agencias internacionales como la ONU demuestran que las políticas mundiales sobre cultura y desarrollo están articuladas en el mismo circuito. Para la ONU, en los inicios de la doctrina del desarrollo en la década de los 50, impuesta a los países de América Latina, la cultura era entendida de la siguiente manera:

Hay un sentido en el que el progreso económico acelerado es imposible sin ajustes dolorosos. Las filosofías ancestrales deben ser erradicadas; las viejas instituciones sociales tienen que desintegrarse; los lazos de casta, credo y raza deben romperse; y grandes masas de personas incapaces de seguir el ritmo del progreso deberán ver frustradas sus expectativas de una vida cómoda. Muy pocas comunidades están dispuestas a pagar el precio del progreso económico (Escobar, 2014, p. 50).

En 1997, el *Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo: nuestra diversidad creativa* de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco, por sus siglas en inglés), luego ratificada por la declaración sobre la diversidad cultural en el 2002, plantea:

La cultura adquiere formas diversas a través del tiempo y del espacio. Esta diversidad se manifiesta en la originalidad y la pluralidad de las identidades que caracterizan a los grupos y las sociedades que componen la humanidad. Fuente de intercambios, de innovación y de creatividad, la diversidad cultural es tan necesaria para el género humano como la diversidad biológica para los organismos vivos. En este sentido, constituye el patrimonio común de la

humanidad y debe ser reconocida y consolidada en beneficio de las generaciones presentes y futuras.

Se reconoce la diversidad y el pluralismo cultural, valorando que en las sociedades del momento se observa una importante diversificación, que demanda de formas de interacción armoniosas para poder convivir en la pluralidad. Un pluralismo cultural, interacción armoniosa y una voluntad de convivir entre personas y grupos con identidades culturales variadas y dinámicas. Las políticas que favorecen la integración y la participación de todos los ciudadanos garantizan la cohesión social, la vitalidad de la sociedad civil y la paz. Definido de esta manera, un pluralismo que contribuye a la multiplicidad cultural y que constituye una respuesta política al hecho de la diversidad cultural, inseparable de un contexto democrático. El pluralismo cultural es propicio para los intercambios culturales y el desarrollo de las capacidades creadoras que alimentan la vida pública (Unesco, 2002).

En el año 2000, con la Declaración del Milenio, y sus Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) como horizonte de posibilidad, la cultura no es tenida en cuenta. Situación que solo es atendida hasta 2011 y 2012, con la expedición de las Resoluciones Generales 65/166 de Cultura y Desarrollo y 66/288. El futuro que queremos, que incorporan el tema de la cultura en la agenda de los ODM. Sin embargo, es necesario visibilizar en estas resoluciones una mirada predominantemente orientada a la industria de la cultura y el desarrollo económico. Así puede leerse en algunos apartes de las resoluciones. En el caso de la Resolución 65/166, se plantea el reconocimiento de la cultura como componente esencial del desarrollo humano, que constituye una fuente de identidad, innovación y creatividad para las personas y para la comunidad y un factor importante en la lucha contra la pobreza al promover el crecimiento económico y la implicación en los procesos de desarrollo (Naciones Unidas, 2011).

También invita a la promoción de la capacidad en los diferentes niveles para el desarrollo de un sector dinámico, buscando la promoción de la creatividad, la innovación y el espíritu de empresa, apoyando el desarrollo de entidades e industrias culturales sostenibles, con capacitación técnica y formación vocacional para la generación de oportunidades en el

sector cultural y creador para el desarrollo económico. Igualmente, el soporte para la emergencia de mercados locales de bienes y servicios culturales que propicien el acceso lícito y efectivo de esos bienes y servicios a los mercados internacionales.

Para el caso de la Resolución 66/288 de 2012, la invitación se orienta en el sentido de la generación de condiciones, en los diferentes niveles, para el desenvolvimiento de un sector direccionado a la creatividad, la innovación y el espíritu de empresa, acompañando y apoyando el desarrollo de entidades e industrias culturales sostenibles, con capacitación a los actores de la cultura para la generación de alternativas de empleo desde el sector y aportando al crecimiento y desarrollo económico sostenido, inclusivo y equitativo. Igualmente, se invita al soporte de mercados de bienes y servicios culturales, que puedan articularse a los mercados internacionales para ensanchar sus posibilidades.

Una referencia a la cultura es la hecha en la Declaración de Hangzhou en 2013, con la Resolución 69/230, Cultura y Desarrollo Sostenible de 2014. Su propuesta es situar la cultura en el centro de las políticas de desarrollo sostenible: la cultura clave para el desarrollo sostenible, donde se plantea que:

Reafirmamos que la cultura debe ser considerada como un factor fundamental de la sostenibilidad, ya que es una fuente de sentido y de energía, de creatividad e innovación y un recurso para responder a los desafíos y hallar soluciones apropiadas. La extraordinaria fuerza de la cultura para favorecer y posibilitar un desarrollo verdaderamente sostenible, se hace especialmente patente cuando un enfoque centrado en el individuo y basado en el contexto local se integra en los programas de desarrollo y las iniciativas de construcción de la paz. (Unesco, 2013, p. 2).

Con este breve recorrido, se hace evidente la articulación de la cultura con las diferentes corrientes del desarrollo, desde la década del 50 del siglo pasado. Esto condujo a diferentes acercamientos, desde los más radicales, que propendieron por la erradicación de las formas propias y diversas de nuestros países, hasta aquellas reivindicadoras del reconocimiento de la diversidad y el pluralismo. Situación que en la actualidad se manifiesta en la tensión de corrientes y perspectivas. Hoy, en el marco de un concepto de

desarrollo que busca articularse a la sostenibilidad y a la paz, una revisión al respecto es pertinente.

RETROSPECTIVA SOBRE EL TEMA DE LA CULTURA EN COLOMBIA

La cultura en su relación con el desarrollo (interesado e intencionado) se ve condicionada y funge como estrategia, bien sea para negar su carácter diverso y múltiple o reconocer su potencialidad en un mundo que, al final, sigue mostrando su carácter plural, que más que una amenaza es su más grande fortaleza. Para efectos de este trabajo, se propone avanzar en un análisis que permita identificar las tensiones que se presentan entre estas perspectivas, situación que ha sido planteada en el diagnóstico de la cultura de Colombia (Ministerio de Cultura, 2013).

Para ello, se hace una lectura desde el análisis de las encuestas de consumo cultural del Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE), que se realiza desde el año 2007, y del informe de gestión 2010-2014 del Ministerio de Cultura, como instancia responsable de las políticas públicas para la garantía del derecho. En relación con este tema en Colombia, un primer rastro de iniciativas en torno a su abordaje, se registra en 1968 con la creación de Instituto Colombiano de Cultura (Colcultura). Luego, con la expedición de la Ley 397 de 1997, casi 30 años después, se crea el Ministerio de Cultura, que coincide con el *Informe de Naciones Unidas: Nuestra diversidad creativa*, en el nuevo marco normativo que representó para el país la Constitución Política de 1991, que en su capítulo I, de los derechos fundamentales, reconoce en sus artículos 8 y 9 las responsabilidades del Estado frente a este tema.⁵

Para el año 2013, coincidiendo con la Declaración de Hangzhou, se realiza un diagnóstico con el nombre de *Cultura y desarrollo* por parte del Ministerio de Cultura, como el primer esfuerzo por identificar el estado de la situación actual del tema. En la misma línea, se plantea en el documento, la relación clave entre cultura y desarrollo sostenible, propuesto en la Resolución 65/166, cultura y desarrollo de 2011, que

5 Artículo 7. El Estado reconoce y protege la diversidad étnica y cultural de la nación colombiana.

Artículo 8. Es obligación del Estado y de las personas proteger las riquezas culturales y naturales de la nación.

plantea la necesidad de la completa integración de la cultura, mediante objetivos, metas e indicadores.

En esta misma dirección se lee en el *Diagnóstico cultural de Colombia*:

En consonancia con la declaración es necesario aunar esfuerzos para integrar la cultura a las políticas y los programas de desarrollo sostenible; movilizarla para fomentar la paz y la reconciliación, la reducción de la pobreza y el progreso económico; asegurar los derechos culturales para promover el desarrollo social incluyente; valorar, salvaguardar y difundir las manifestaciones del patrimonio; y fortalecer la innovación y cooperación desde la cultura. En resumen, se busca construir un enfoque cultural del desarrollo (Ministerio de Cultura de Colombia, 2013, p. 9).

A efectos de este trabajo, que retoma el capital social como referente importante, el diagnóstico lo presenta como una de sus dimensiones y lo define como:

Relativo a las experiencias que, a partir de las actividades, expresiones o prácticas culturales, generan cooperación, solidaridad, asociatividad, uso comunitario de recursos, que producen efectos positivos en el tejido de redes de confianza y en la solución de problemáticas colectivas (Ministerio de Cultura de Colombia, 2013, p. 9).

LA CULTURA COMO BIEN TRANSABLE O COMO DERECHO. ANÁLISIS SOBRE COLOMBIA EN UN CONTEXTO DE POSCONFLICTO

De acuerdo con el *Diagnóstico cultural de Colombia* (Ministerio de Cultura, 2013), el campo de la cultura no es estático y presenta algunas tensiones que proponemos como ruta para el análisis. Una primera tensión se da entre las políticas públicas implementadas en los territorios y las prácticas propias culturales, por fuera de estas. Otra se presenta entre prácticas artísticas y culturales formalizadas y las que no, más propias de lo popular, lo masivo y el patrimonio inmaterial. Una tercera se presenta en la relación entre la presencia de las industrias culturales y los emprendimientos locales, en contextos de subsistencia comunitaria o iniciativas de producción y distribución alternativas. La última ocurre entre la comprensión de la cultura como una oferta de servicios o como potenciadora de la transformación social

(Mincultura, 2013). Este punto es de vital importancia para el análisis de las encuestas de consumo cultural en Colombia, como rastro de las formas de implementación de las políticas públicas, donde la diversidad es central, de acuerdo con la Constitución Política, como se planteó más arriba.

La intención es realizar un análisis sobre la tensión entre los diferentes factores expuestos, mediante un examen de las encuestas de consumo cultural presentadas por el DANE⁶ y el informe de gestión del periodo 2010-2014 del Ministerio de Cultura, responsable de la política pública del sector en el país.

De acuerdo con Rey (“En Colombia se cree que la cultura es un lujo y no un derecho”: Germán Rey, 2016), en Colombia el conflicto ha tenido un importante impacto sobre la vida cultural. El desplazamiento⁷ y despojo de tierras expulsaron a una gran cantidad de personas y grupos humanos de sus territorios, lo que incidió en su arraigo e identidad y produjo la desaparición de muchas prácticas, pero también la creación de otras, producto del mestizaje. En este contexto, resulta contradictorio que en un escenario de posconflicto como el que vive el país en la actualidad, donde la cultura aparece como uno de los ejes centrales, su presupuesto en el 2016 fuera de 335.438 millones de pesos, mientras que el del Ministerio de Defensa ascendiera a 30 billones de pesos (30 millones de millones), es decir que el Ministerio de Defensa gasta en cuatro días, lo que Cultura en un año.

A pesar de lo anterior, Rey hace un llamado sobre el papel central que la cultura deberá tener en la reconstrucción del tejido social y el reconocimiento de la diversidad del país (“En Colombia se cree que la cultura es un lujo y no un derecho”, 2016). En este mismo contexto, frente a las diferentes formas de la cultura, el autor reconoce que entretenimiento hace parte de ella, pero llama la atención sobre las prácticas populares y otros lenguajes como los videojuegos y las plataformas digitales. En últimas, la cultura exhibe diferentes formas: la que recoge el consumo

6 Ver en <https://www.dane.gov.co/index.php/estadisticas-por-tema/cultura>

7 De acuerdo con el Informe nacional del desplazamiento en Colombia, el conflicto expulsó de los territorios a 6.459.501 personas (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2015).

cultural y la que representa el múltiple panorama de esta Colombia diversa y desigual.

En este contexto, el análisis entre el consumo cultural como componente y la cultura como un referente más amplio permite establecer el estado de la situación en un determinado lugar. Es decir, la pregunta por las condiciones de posibilidad de la cultura desde el reconocimiento de la tensión que se produce entre sus diferentes formas orienta el ejercicio que se realiza a continuación, entre las prácticas del consumo cultural y las políticas públicas implementadas para la garantía del derecho en un escenario de diversidad.

En Colombia, la encuesta de consumo cultural inicia en el año 2007, y da cuenta del seguimiento de una serie de prácticas culturales tales como el cine y los eventos artísticos. Desde el criterio de la asistencia y otros como la lectura —medido por el número de libros leídos y número de personas que los leyeron—, la encuesta muestra el dinamismo de un grupo específico de prácticas que, a su vez, revelan el estado de las industrias culturales. En comparación con otros países de la región, la *Encuesta latinoamericana de hábitos y prácticas culturales* (Organización de Estados Iberoamericanos —OEI—, 2013) muestra a Colombia en los primeros lugares, junto con Argentina, en algunos ítems tales como asistencia al cine (8.º puesto) o al teatro (3.º puesto). Pero, de igual manera, en los niveles de no lectura por compromisos profesionales o educativos, aparece entre los cuatro con menor nivel de lectura, solo superada por Chile, Paraguay y Honduras. También, en lo referido a la asistencia a espectáculos musicales, en el rango entre 1 y 3, Colombia aparece en el séptimo puesto, con el 23 %, junto con Costa Rica y por debajo de países como Argentina (32 %), Perú (30 %), Chile (28 %), Ecuador (26 %), Venezuela (25 %) y Uruguay (24 %).

De esta manera, las encuestas de consumo cultural permiten identificar el peso del sector en la economía de los países y la región. Para Colombia, en el 2016, de acuerdo con el estudio de Raddar, el 26 % de los encuestados, manifiestan invertir en cultura, diversión y entretenimiento (“En Colombia se cree que la cultura es un lujo y no un derecho”, 2016). Más allá de estas cifras, no se encuentran otras referencias que permitan establecer otro tipo de análisis frente a este tema.

LA POLÍTICA PÚBLICA PARA LA CULTURA EN COLOMBIA. ALGUNOS RASTROS PARA SU LECTURA

En la propuesta de análisis, el otro lado lo representa la instancia nacional, en este caso, el Ministerio de Cultura de Colombia. Recae sobre este la responsabilidad de garantizar las condiciones adecuadas para el fortalecimiento de la cultura en el país. En este sentido, el informe de gestión 2010-2014 servirá para indagar por la forma como se promueven las condiciones del campo. Para ello, se analizan los ítems utilizados por el Ministerio de Cultura para mostrar los resultados de su trabajo.

Un primer componente hace referencia a los dineros destinados a los departamentos (forma de organización político-administrativa del país). Para este caso, los proyectos apoyados cubren la totalidad de dichos departamentos, con una inversión para el periodo de aproximadamente de USD 36 802,13 (Ministerio de Cultura, 2014, p. 19-20). Otro ítem es el relacionado con el apoyo de proyectos y actividades culturales, que para el cuatrienio representó 6 064 apoyos, que en comparación con el cuatrienio 2006-2010 —con 5 422— representó un aumento de 11,84 %. En esta misma dirección, la política de estímulos, con el objetivo de movilizar artistas, creadores, investigadores y gestores culturales, representó en el cuatrienio 2006-2104 un aumento de 107 estímulos, al pasar de 263 a 370 (Ministerio de Cultura, 2014, p. 32).

En referencia a los escenarios, el Ministerio ha desarrollado una estrategia para el mantenimiento y construcción de la infraestructura cultural. Al respecto se registra en el informe entre construcción, adecuación, mantenimiento y rehabilitación, un total de 296 infraestructuras culturales intervenidas (Ministerio de Cultura, 2014, pp. 63-72).

En el capítulo dedicado a la diversidad cultural, se propone esta como un referente importante para la inclusión social y para la construcción de la paz, en suma, la reconstrucción del tejido social y, podría agregarse, el respeto a la diversidad y la multiplicidad desde procesos pertinentes, más allá de objetivos inabordables. En esta dirección, Rey critica la práctica de ponerle el nombre de paz a todo (“En Colombia se cree que la cultura es un lujo y no un derecho”, 2016). Por ello, desde las instancias responsables de la cul-

tura, debe convocarse a un debate incluyente para analizar esta relación, desde la participación de las personas y las organizaciones en lo local y regional.

CONSIDERACIONES FINALES

En un contexto de posconflicto como en el que camina Colombia, el reconocimiento de la cultura y la diversidad son asuntos centrales. Proyectos en esta dirección serán necesarios, reconociendo las diferentes prácticas de los grupos humanos, que en una importante proporción, no pasan por el dispositivo del mercado de los bienes culturales, de acuerdo con una de las tensiones presentadas por el Ministerio de Cultura en su diagnóstico sobre la cultura en Colombia (2013).

La reconstrucción del tejido social, el respeto a las múltiples identidades de los grupos humanos existentes en el país, entre otros, deberán ser tenidos en cuenta en la reconstrucción del país después de un conflicto de más de cinco décadas. Para esto, será necesario un mayor equilibrio entre las tensiones dadas en las prácticas concretas. No es con la sola lectura de una de las perspectivas, será necesario el reconocimiento de la multiplicidad y, desde acá, de modelos otros que permitan fortalecer lo propio para interactuar con el mundo. Los tiempos actuales son tiempos de la diversidad y la multiplicidad, como se reconoce en las declaraciones de la ONU desde 1997. Ese es el reto.

Desde el amplio campo del ocio, la recreación y el deporte, se delinearán importantes desafíos que nos permitan significar y ubicar el papel de nuestras prácticas en un escenario de cultura para la vida, reconocedoras de las potencialidades culturales en los propios territorios, sin perder de vista las tensiones que se han señalado en el desarrollo del texto, y que tienen que ver con resistencias entre las formas de las políticas públicas y las prácticas culturales propias, la cultura formalizada y la cultural popular. En síntesis, entre las industrias culturales y los emprendimientos locales.

Construir una cultura de la paz y del posconflicto nos responsabiliza con la memoria histórica para, desde el reconocimiento y la diversidad, comprender las huellas que la guerra ha causado en los territorios, alterando la cultura de la cual hacen parte importante

las prácticas de ocio y de deporte. Es un llamado a entender la realidad real que no se expone diáfana-mente desde indicadores lineales y estáticos, por el contrario, amerita de lectores dinámicos y relacionales de las diferentes dimensiones de la realidad.

El país requiere avanzar, desde la perspectiva del ocio, en la comprensión de la relación directa que existe entre este y la cultura como una de sus importantes dimensiones que no se circunscribe únicamente al tema de las industrias culturales, sino que tiene que ver con la capacidad de promoción y disfrute de la cultura como derecho y construcción social. En tal sentido, el sector del ocio, tanto desde los procesos de formación como de la investigación, debemos favorecer significaciones más amplias del fenómeno, como procesos sistemáticos de promoción de la creatividad y la innovación para el progreso social. Solo así podríamos ser un agente social importante en el direccionamiento de la política pública cultural y de recreación de la nación.

REFERENCIAS

- Bolívar, G., y Elizalde, A. (2011). Capital y capital social. *Polis. Revista Latinoamericana*, 29. <http://polis.revues.org/1901>
- Bolívar, G., y Flores, L. (2011). Discutir el campo del capital social desde un enfoque transdisciplinario. *Polis. Revista Latinoamericana*, 29. <http://polis.revues.org/1911>
- Bourdieu, P. (1986). The forms of Capital. En J. Richardson, *Handbook of the Theory and Research for de Sociology of Education* (pp. 241-258). Westport: Greenwood. http://home.iitk.ac.in/~amman/soc748/bourdieu_forms_of_capital.pdf
- Escobar, A. (2014). *La invención del desarrollo*. Popayán: Universidad del Cauca.
- García Canclini, N. (2001). Qué legislar sobre industrias culturales. *Nueva sociedad*. <https://nuso.org/articulo/por-que-legislar-sobre-industrias-culturales/>
- Kliksberg, B. (2000). *El rol del capital social y de la cultura en el proceso de desarrollo*. En B. Kliksberg y L. Tomasini (comp.), *Capital social y cultura: claves estratégicas para el desarrollo* (pp. 19-58). México: Banco Interamericano de Desarrollo.

- Kliksberg, B., y Tomassini, L. (2000). *Capital social y cultura: claves estratégicas para el desarrollo*. México: Banco Interamericano de Desarrollo.
- Ministerio de Cultura de Colombia. (2013). *Diagnóstico cultural de Colombia. Hacia la construcción del Índice de Desarrollo Cultural*. https://www.mincultura.gov.co/areas/fomento-regional/Documents/L_DiagnosticoDlloCultural_2013.pdf
- Ministerio de Cultura. (2014). *Impacto económico de las industrias culturales en Colombia*. Bogotá, Convenio Andrés Bello.
- Naciones Unidas. (2011). Resolución 65/166. Cultura y desarrollo. http://www.unesco.org/uy/ci/fileadmin/cultura/2011/UNGA_Res.65-166_es.pdf
- Naciones Unidas. (2014). Resolución 69/230. Cultura y desarrollo sostenible. http://www.lacult.unesco.org/docc/A_RES_69_230_es.pdf
- Organización de Estados Iberoamericanos OEI. (2013). *Encuesta latinoamericana de hábitos y prácticas culturales 2013*. http://www.oei.es/historico/publicaciones/detalle_publicacion.php?id=147
- Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, Unesco. (2002). *Declaración universal sobre la diversidad cultural. Una visión, una plataforma, una plataforma conceptual, un semillero de ideas, un paradigma nuevo*. Documento preparado para la Cumbre Mundial sobre el Desarrollo Sostenible. Johannesburgo.
- Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, Unesco. (2013). *Declaración de Hangzhou: Situar la cultura en el centro de las políticas de desarrollo sostenible*. http://www.unesco.org/new/fileadmin/MULTIMEDIA/HQ/CLT/pdf/final_hangzhou_declaration_spanish.pdf
- Revista Semana. (2016, 28 de mayo). “En Colombia se cree que la cultura es un lujo y no un derecho”. Germán Rey. [Entrevista]. <http://www.semana.com/cultura/articulo/german-rey-cultura-es-derecho-y-no-lujo/475542>
- Valladao, A. (2000). Capital social y poder. En B. Kliksberg y L. Tomassini (comp.), *Capital social y cultura: claves estratégicas para el desarrollo* (pp. 151-163). México: Banco Interamericano de Desarrollo.